

Para enfrentar la catástrofe

Mauricio Merino

Nos estamos habituando a la violencia. Todos los días suceden hechos brutales a nuestro alrededor que, poco a poco, van formando parte de nuestro entorno cotidiano.

Se nos dice que muchos de ellos son prueba de la firmeza de las autoridades; que los delincuentes están acorralados y reaccionan con desesperación; que se están destruyendo entre ellos; que pronto volveremos a vivir en paz.

Pero es difícil seguir ese argumento, cuando la falta de respeto a las leyes no es un rasgo exclusivo de las mafias, sino de la sociedad en su conjunto; cuando la impunidad protege a los violentos, a los ricos y a los influyentes; cuando la violencia también está en las calles por la degradación social y la exclusión.

Al estudiar las causas que llevan a los individuos a producir un daño deliberado a otros, el psicólogo Philip Zimbardo (*El efecto Lucifer*) observó que más allá de la disposición al mal que en algún momento alberga todo ser humano, lo que dispara una acción perversa es la situación que le rodea: el entorno y los roles sociales que producen ese mal y que lo vuelven aceptable. La "banalidad del mal", como lo llamó Hannah Arendt.

Pero Zimbardo también observó que el mayor riesgo es que esas situaciones, multiplicadas, acaben generando un sistema: un entramado de razones e incentivos que se reproduce a sí mismo. En su opinión, si las situaciones que estimulan la disposición al mal no son disueltas pronto, pueden acabar convertidas en sistema.

Eso mismo dedujeron Wilson y Herrnstein (*Crime and human nature*) tras estudiar las causas del crimen en el mundo entero.

ES PRECISO VOLVER A DARNOS

PERSPECTIVA SOCIAL, SENTIDO

IGUALITARIO, CONFIANZA Y

PROYECTOS DE VIDA COMPARTIDOS.

RECORDAR QUE EL ESTADO SOMOS

CADA UNO DE NOSOTROS

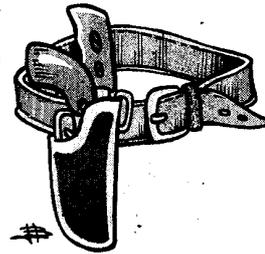
Para ellos, son las estructuras sociales y políticas las que estimulan, por su incapacidad para generar proyectos de vida respetables, expecta-

tivas creíbles de futuro y lazos de afecto y dignidad presentes, la disposición de ciertos individuos a romper las reglas para obtener beneficios inmediatos. Y cuando el crimen deja de ser excepcional, el riesgo de convertirse en un sistema es inminente.

Eso mismo es lo que describe, por otra parte, Roberto Saviano en *Gomorra*: el sistema criminal de la Camorra, la mafia italiana de mayor influencia, cuya lectura hace pensar en México. Un sistema social basado en una vasta red de negocios ilegales de toda índole, que se ha convertido en parte de la vida cotidiana de miles de individuos. Un sistema que, para ellos, ya no es opcional sino inevitable.

Gente de carne y hueso, que sin embargo podría suscribir lo que Mario Puzo le hizo decir a Vito Corleone, en medio de los jefes de todas las familias de la mafia:

"Gracias a nosotros, (decía El Padrino) la mayoría de nuestros hijos ha encontrado una vida mejor. (...) No tenemos obligación alguna con respecto a los pez-zonovante que se consideran a sí mismos rectores del país. Porque en



realidad, lo que quieren es defender sus intereses personales. ¿Por qué debemos obedecer unas leyes dictadas por ellos, para su propio beneficio y en perjuicio nuestro? (...) El bien común es lo primero". Un sistema que quiere sustituir al régimen y que encuentra situaciones favorables para hacerlo.

Podría ser la misma justificación que los líderes de nuestras mafias reproducen cada día.

Sin embargo, para enfrentarlas es preciso quebrar las situaciones sociales que la anidan y atajar la impunidad, en cualquiera de sus manifestaciones.

Volver a darnos perspectiva social, sentido igualitario, confianza y proyectos de vida compartidos. Recordar que el verdadero Estado somos cada uno de nosotros y que si nos perdemos el respeto, en definitiva, ese sistema puede volverse permanente.

Profesor Investigador del CIDE

